

LECTURAS



Max Brod (1884-1964)

El albacea de la niebla*

Kafka nos devolvió las palabras. Sin él, dudo de que hubiéramos podido elevarnos más allá de los recovecos de una sola palabra. Para nosotros no era solamente un maestro, sino un redentor.

Aharon Appelfeld (Escritor judío salvado de los nazis, que asesinaron a toda su familia).

En estos últimos tiempos los muchos admiradores de Franz Kafka en España estamos de parabienes. A la edición de *Cartas a los padres*, ya comentada en un número anterior de *Cuadernos*, se añade ahora *Cartas a Max Brod (1904-1924)*. Es importante reiterar que son justamente las cartas del genial escritor judío —junto a sus *Diarios*— quienes mejor nos dibujan la poderosa y fascinante personalidad del autor de *El proceso*. Porque es en esas instancias de concreta soledad donde el rostro del Otro no nos exige o atemoriza por su sola presencia, en las que Kafka —igual le sucedía respecto de la mujer— podía dar rienda suelta a sus sentimientos más auténticos. «Cuando hablamos —dice en carta a su amigo Oskar Pollak— las palabras son duras, pisamos sobre ellas como si fuesen un pavimento inestable. Las cosas más sutiles adquieran pies torpes y no podemos hacer nada por remediarlo. Nos interponemos casi en el camino del otro. Tropiezo contigo, y tú... No me atrevo, y tú...» (4.2.1902). En el caso que nos ocupa —su vínculo con Max Brod— dadas las hondas relaciones de amistad entre los dos escritores, el dibujo se hace aún más apasionante y gráfico. Una vez más, Kafka —a quien se le ha adjudicado la pasión de preservarse a fondo de los demás— reitera su siempre urgente necesidad de comunicación, su imperiosa inclinación a escribirlo todo, sus sentimientos, angustias y perplejidades de auténtico escritor. Su in-

cansable búsqueda de reconciliación final con el mundo. Porque justamente era su amor por la palabra escrita (auténticas pinceladas metafísicas) su instrumento de expresión infatigable y el que le hizo escribir tantas veces estos latidos conmovedores: «Escribir me permite seguir viviendo, pero es más preciso decir que me permite seguir viviendo este tipo de vida. Con lo cual naturalmente no quiere decir que es mejor si no escribo. No, en ese caso es aún peor y absolutamente insoportable y tiene que acabar en la locura. Pero únicamente bajo la condición de que yo soy un escritor, lo que de hecho soy aunque no escriba, y en cualquier caso un escritor que no escribe es un absurdo que desafía a la locura. Pero, ¿cómo es propiamente lo de ser escritor? Escribir representa una recompensa dulce, maravillosa, pero ¿recompensa de qué? Durante la noche vi con tanta nitidez, como en una lección de carácter objetivo, que es una recompensa por un servicio al demonio. Este descender hacia las fuerzas oscuras, este liberar la naturaleza de espíritus encadenados, abrazos sospechosos y todo lo que pueda ocurrir abajo, acerca de lo que arriba no se sabe nada mientras se escriben historias a la luz del sol. Quizá también haya otra forma de escribir. Yo sólo conozco ésta, de noche, cuando el miedo no me deja dormir, sólo conozco ésta».

Max Brod fue una figura altamente popular y exitosa en los medios pensantes checoslovacos de lengua alemana desde los comienzos del siglo hasta su radicación en Israel en 1939. Transitó diversos géneros (desde el ensayo filosófico al teatro y la novela) y fue, en vida, un intelectual de éxito. Pero la eternidad, que dicta leyes muchas veces sorprendentes para la contemporaneidad de los protagonistas —leyes casi siempre justicieras— hace que se lo recuerde como el primer biógrafo de Kafka: lúcido, sensato e indócil albacea que, para agradecimiento de todos nosotros, se encargó de recopilar sus diarios, correspondencia y manuscritos inéditos y de cuidar la edición de sus obras completas, desobedeciendo el mandato de su amigo: «Todos los objetos que yo deje al morir (o que estén en las cajas de libros, en el armario ropero, en la mesa escritorio de casa y en la de la oficina, o dondequiera que tales cosas puedan ser guardadas y tú

* A propósito de la edición en español de *Cartas a Max Brod (1904-1924) de Franz Kafka*. 334 páginas. Grijalbo Mondadori Editores, 1992.